

Rafael Bernal y el mar

VICENTE FRANCISCO TORRES | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA,
AZCAPOTZALCO

Resumen

Rafael Bernal, fundador de la novela negra mexicana, no es solo autor de novelas y cuentos criollistas. Fue un historiador que atendió la cultura que navegó sobre las aguas del océano Pacífico, mismas que bañan diversos países de Asia y las costas de varias naciones hispanoamericanas. Sus vidas de piratas, mezcla de historia y literatura, son un desprendimiento natural de sus libros de historia. El presente artículo habla del historiador y del biógrafo.

Abstract

Rafael Bernal, founder of the Mexican noir novel, is not only the author of Creole novels and stories. He was a historian who studied the culture that traveled over the waters of the Pacific Ocean, which bathe various countries in Asia and the coasts of various Latin American nations. His pirate lives, a mix of history and literature, are a natural offshoot of his history books. This article talks about the historian and the biographer.

Palabras clave: Transculturaación, pirata, corsario, berberisco, biografía, corso, utopía, nao, vidas imaginarias.

Key words: Transculturation, pirate, corsair, Berber, biography, Corsican, utopia, ship, imaginary lives.

Para citar este artículo: Torres, Vicente Francisco, "Rafael Bernal y el mar", en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 59, semestre II, julio-diciembre de 2022, UAM Azcapotzalco, pp. 87-98.

Muchos lectores conocen a Rafael Bernal (1915-1972) por su novela policiaca *El complot mongol* (1969). Algunos saben de su pasión por las selvas y la piratería gracias a *Trópico* (1946), *Su nombre era muerte* (1947), *Caribal* (2000) y *Gente de mar* (1950). Casi nadie conoce al historiador monumental de *El gran océano* (1992), obra semejante en su erudición y diversidad de enfoques a *El Mediterráneo. La leyenda de un mar* (1923), de Emil Ludwig.

Aunque Bernal fue narrador e historiador, se desempeñó como diplomático en varios países de América, Europa y Asia, particularmente en Filipinas. Esto le permitió escribir *México en Filipinas* (1965), publicado a propósito de un viaje del presidente Adolfo López Mateos al archipiélago. Bernal celebró el comercio que se daba gracias al Galeón de Manila, también conocido como Nao de la China, que llegaba a Acapulco y permitió intercambios raciales, lingüísticos, religiosos y culturales en general. Allí asomaba su interés por la piratería en la persona del chino Li-Ma-Hong. *México en Filipinas* fue el germen de *El gran océano* cuya primera edición apareció, en gran formato, editado por El Banco de México.

Así recordaba Bernal —en un texto que pude rescatar entre sus papeles— el dilatado interés que culminó en *El gran océano*:

Desde hace muchos años, creo que desde siempre, me interesaron los estudios de la historia, a los cuales he dedicado últimamente la mayor parte de mi tiempo. En este año entregaré a Aguilar, de Madrid, el original de una obra enorme por su extensión y su ambición. Con el título de *El gran océano* he tratado de hacer una síntesis de la historia de todo el Océano Pacífico. Tal vez sea la última obra histórica que escriba, para volver a lo que ha dado en llamarse ficción. Es el fruto de 30 años de lecturas y estudios sobre ese apasionante tema, del cual tan poco se ha escrito en español, a pesar de que el Pacífico baña nuestras mayores costas y las de otros once países hispanoparlantes”.¹

Bernal murió antes de preparar la bibliografía y ésta fue hecha por Alfonso de Maria y Campos² desde su condición de familiar cercano. Él llevó la biblioteca de historia del novelista al Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

El gran océano es una minuciosa historia de las islas y costas de los países que reciben las aguas del océano más grande del mundo, el Pacífico. El

¹ Rafael Bernal, “Nada en la vida me divierte tanto como escribir”, *Sábado*, suplemento de *Uno más Uno*, número 511, 18 de julio de 1988, p. 6.

² Véase la edición del Fondo de Cultura Económica, 2012.

interés por estas aguas nació con la figura de Felipe de Jesús, el primer santo mexicano crucificado en Japón; la lectura de la colección de cronistas y viajeros de la Editorial Espasa Calpe; las figuras de Antonio de Pigafetta y Fernando de Magallanes, primeros circunnavegadores de la Tierra; y las vidas de aventureros, balleneros y piratas. Afirma Bernal que el Pacífico estaba muy poco atendido en lengua española y que si Arnold Toynbee dijo que la historia es un campo inteligible con procesos de transculturación, los pueblos se dividen en dos clases: los que se aíslan y los que, siguiendo el camino del mar, se expanden. Los primeros reciben la cultura exógena y los segundos imponen su cultura a otros pueblos, es decir, transculturán. Así, *El gran océano*

Sería el estudio de esa incontenible transculturación que ha venido sucediendo desde el siglo XIV, en diversas zonas del Océano y para lo cual éste ha servido como camino. Sería, en pocas palabras un ensayo de estudio acerca de la llamada expansión de Occidente en el Pacífico.

De todos los fenómenos históricos conocidos, esta expansión es la que mayores efectos ha provocado y ahora podemos afirmar que en el mundo actual no hay un solo hombre o mujer cuya vida o cuyo devenir histórico no haya sido modificado en mayor o menor grado por esa expansión. Pero no tan solo se ha modificado la vida de los pueblos que recibieron esa expansión, sino la de los mismos expansionistas.³

Como bien se comprende, el resultado de estas transculturaciones es la cultura universal. Por el océano van y vienen mercancías, ideas, culturas, pasiones y odios que conforman la historia del hombre⁴, misma que, según el autor, debe aspirar al menor mal para el menor número de hombres, pese a que el libro nos muestra cómo tantas navegaciones llevaron a esclavitudes y a desaparición de culturas.

Esta expansión de Occidente corresponde a la era del Infante Enrique, conocido como el Navegante porque impulsó a los portugueses a lanzarse al mar, al gran Océano que es mayor que todas las tierras juntas. Este hecho permitió a los hombres, ya fuera por razones económicas, sociales o religiosas, ir por todas las rutas del mundo. Desarrollaron la carabela, nave propicia para

³ Rafael Bernal, *El gran océano*, México, edición del Banco de México, 1992, pp. 19 y 20.

⁴ No olvidemos que Marco Polo, con su libro *El millón*, o *Libro de las maravillas*, inflamó la mente de los europeos —entre ellos Enrique el Navegante y Cristóbal Colón— para que buscaran los extraordinarios productos de China: sedas, porcelanas, marfiles, jades. Desde esa tierra de hombres laboriosos llegaron la brújula, la pólvora, el papel, los fideos y las primeras ideas para la invención de la imprenta.

cursar la mar gruesa pues la galera de remos usada por griegos y fenicios solo servía para distancias cortas.

El gran océano primero habla de los polinesios y dice que eran grandes navegantes por sus canoas dobles, por su habilidad para orientarse por las estrellas y ver las rutas en los vuelos de los pájaros, amén de su lectura del movimiento de las olas que traían ecos de las playas. En los viajes largos llevaban harina para hacer pan y animales vivos para sacrificarlos durante la travesía; transportaban el agua en carrizos tapados con rodajas de madera; completaban su dieta con pescado y con aves que abatían; sus remeros eran fuertes y conocedores del mar; y embarcaban un anciano que fungía como sacerdote y consejero. Su misión era cuidar los ídolos que llevaban en una pequeña cabina de palma. Con él se ligaban las tradiciones en la nueva tierra que iban a colonizar. Aprovechaban los grandes vientos y las tempestades para ir lejos. Cuando los europeos arribaron a las islas Marquesas, tuvo lugar esta transculturación:

La situación se agrava con la introducción de algunas enfermedades occidentales, como las venéreas, el catarro común y la tuberculosis, amén del aguardiente. En 1848 Francia, después de una serie de combates y bombardeos navales, ocupa las islas *para salvar a sus habitantes de sí mismos*, y la población polinesia casi desaparece, como por desgracia veremos que ha sucedido en muchas otras islas. Cuando Cook llegó a las Marquesas calculó su población en unas 80 mil personas. En la actualidad, en todo el archipiélago hay apenas unos 10 mil habitantes, de los cuales solo la mitad son polinesios.⁵

Pero no se crea que los polinesios eran los buenos salvajes que imaginara Diderot. Tenían una religión cruel basada en el temor y obligaban a la adoración de los dioses del mar y del fuego. Practicaban el canibalismo, los sacrificios humanos y la reducción de cabezas, incluso sobre pedido; todo por lo atractivo de los tatuajes.

En el siglo XVI el saqueo de la recién encontrada América estaba en su apogeo y las naves de exploradores y viajeros surcaban todos los mares. Empiezan los periplos de circunnavegación y aparecen unos personajes que siempre atrajeron a Rafael Bernal: los piratas. Si bien es cierto que la piratería es uno de los oficios más antiguos del mundo (existió muchos años antes de Cristo), aquí aparecen los grandes nombres, los hombres famosos que se

⁵ *Ibid.*, p. 52.

pondrán al servicio de reyes y serán nombrados caballeros porque con sus latrocinios harán un servicio a la corona.

El comercio entre Filipinas y México permitió el surgimiento del famoso pirata inglés Frances Drake, quien hizo grandes robos a los españoles y, en una de sus huidas, consumó un viaje de circunnavegación. En este momento surge la paradoja de que la reina de Inglaterra ennoblezca a este *perro del mar* y lo haga caballero. De hecho, su tiempo se conoce como la Edad de Drake. Henry Morgan, también inglés, se convirtió en caballero y gobernador de Jamaica.

El enorme imperio español que se mantenía con pocos hombres y armamentos, en el siglo xvii, en Cartagena, La Habana, Portobello, Campeche, Veracruz, Acapulco, Manila y el Callao, tuvo que construir fortalezas para defenderse de los corsarios.

Si algunos autores han celebrado a los piratas como prototipos del hombre libre, porque no acumula ni hace huesos viejos con el producto de sus latrocinios, Bernal los señala como terriblemente crueles, como el Olonés, que se comía crudo el corazón de sus prisioneros. Hay una exacerbación de la piratería:

La literatura, sobre todo la inglesa y, por extraña complicidad, la española, ha creado la leyenda del pirata generoso, caballero en todas las ocasiones, valiente e invencible. Esta leyenda es totalmente falsa. Los piratas y bucaneros del caribe eran hombres sin sentido alguno de piedad, de lealtad ni aun entre ellos mismos, de una increíble crueldad que habían perdido todo sentido de patria, de religión o de agresión en contra del poder español, como lo tuviera Drake. Como bandadas de perros hambrientos, se lanzaban al saqueo y, logrado éste, luchaban entre sí por el reparto del botín y se robaban los unos a los otros en la forma más descarada. El que algunos reyes de Inglaterra y Francia los hayan utilizado para sus empresas bélicas no habla en favor de esos reyes. Pronto, degeneraron aún más y la misma Inglaterra, que tanto los había utilizado, tuvo que prohibir bajo pena de muerte la piratería y fue la principal liquidadora de sus "heroicos" y pintorescos socios de antaño.⁶

Hubo célebres autores, como Gilles Lapouge y Jaques y François Gall que enaltecieron a los piratas:

Los filibusteros no se preocupan lo más mínimo por saber si están o no dentro de la ley. Han cortado los puentes que los unían a la sociedad. Libertarios por esencia,

⁶ *Ibid.*, p. 298.

solo cuenta para ellos su condición de hombres libres. Y si el placer del lucro coincide casualmente con el de la libertad, lo más frecuente es que no pase de ser un salario [...]. La literatura, al apropiarse del “Hermano de la Costa”, lo sazona a su gusto. Tras haberle cortado una pierna y sacado un ojo, lo atavía con oropeles que se harán clásicos. Le agrega un loro, un tesoro oculto, algún esqueleto y, en ocasiones, hasta un niño. Y antes de hacerse a la mar, le insufla sus características: temeridad, crueldad y buen corazón. Su consigna habrá de ser el sentido del honor.⁷

Al principio de este texto afirmé que *El gran océano* tiene varias similitudes con *El Mediterráneo. La leyenda de un mar*, de Emil Ludwig. Los acercan la erudición y la visión totalizante que incluye elementos geográficos, históricos y culturales de la más diversa índole. Ludwig sostiene que el Mediterráneo es el centro cultural del mundo, y su estudio, bien enmarcado entre las Columnas de Hércules y los Dardanelos, da preeminencia al individualismo y cree que la inteligencia es más importante que la fuerza. Más que las batallas libradas en el mar hay que ver la sabiduría y el arte que dejan esos hechos. Tenía fe en las individualidades que fijaron el derrotero de los acontecimientos y habló del clima, los ríos y productos económicos y culturales como factores que dan forma al carácter. Me parece que *El gran océano* vino a completar el formidable libro de Ludwig pues después de asentar que el Mediterráneo es la cuna y el hogar de la humanidad, escribe estas líneas que parecen invocar *El gran océano*: “El progreso de la humanidad, por el contrario, ha avanzado desde el mar más pequeño al mayor: desde el Mediterráneo oriental hasta el occidental, después al Atlántico y más tarde al Pacífico”.⁸

Ludwig, como Bernal, siempre supo que los piratas influyeron en las civilizaciones; de ahí su visión compleja que señala, primero, su psicología determinada por el rencor social y, después, sus lazos con la religión y la política, pero también con hechos deleznable como el cobro de protección a las naves mercantes:

Durante trescientos años el Mediterráneo fue gobernado en parte, y en parte aterrorizado, por piratas. Muy pocas veces se vio libre de ellos, y solo en ciertos distritos. Los piratas amenazaban o paralizaban el comercio y esto ejerció una gran influencia sobre la navegación y la civilización. Esa influencia fue posible tan solo por

⁷ Jaques y François Gall, *Los piratas*, México, Fondo de Cultura Económica (Breviarios), 1957, pp. 9 y 11.

⁸ Emil Ludwig, *El Mediterráneo. La leyenda de un mar*, traducción de Federico López Cruz, Buenos Aires, Editora Interamericana, 1943, p. 27.

medio del poder de los sultanes, que veían con agrado las actividades de los reinos piratas a ellos sometidos, especialmente en Marruecos, Argelia y Túnez. Cuando cesó la tolerancia de los turcos y se agravaron los choques del siglo xvii, los turcos aparecieron frente a Viena por tierra y dominaron el mar Mediterráneo. Los piratas mahometanos de África del Norte, desafiando a la civilizada combinación del Rey Sol, los Habsburgo de España y los papas romanos, convirtieron el Mediterráneo occidental en un mar peligroso (...) Debido a su ubicación, los piratas, también llamados corsarios, fueron cortejados por sucesivos rivales cristianos. Los mutuos odios de los reyes les llevaron a secundar a los infieles en secreto contra sus adversarios. Francisco I no fue el único que les vendió pólvora para que la usaran contra los españoles. Algunos de los papas hasta llegaron a venderles permisos para ese comercio, que les producía un ingreso de unos 10,000 ducados por año.⁹

En los siglos xvi y xvii los jesuitas son una presencia fundamental en la religión, la economía, la educación y la sociedad de América. Este es un tema caro a Bernal porque él era un hombre religioso y porque realizó sus estudios en colegios de la Compañía. De aquí que les dedique un buen espacio en este libro, no solo por la importancia que tuvieron en nuestro continente hasta su expulsión, sino por su papel misionero en Asia. Parte medular de estas páginas está dedicada a la figura de Felipe de Jesús y su crucifixión en tierras japonesas.

En el siglo xviii todo se acelera: se explora el Ártico y empieza la disputa entre los europeos por las islas de la Polinesia. Es la era de los grandes viajeros (Louis Antoine de Bouganville, Charles Marie de La Condamine, James Cook). Los hombres de ciencia llegarán en seguida para sistematizar conocimientos que antes habían quedado en manos de los viajeros. Es la era de Humboldt y Darwin.

Después de la independencia de Estados Unidos (1775-1781), los estadounidenses dominan las aguas y la caza de pieles porque la marina inglesa estaba ocupada en sus guerras europeas. Junto a las matanzas de ballenas, pingüinos y lobos de mar, los balleneros, no contentos con desperdiciar la carne de los animales, se hicieron negreros. Ya en el siglo xix, cuando la trata de negros había sido abolida, se dio otro tráfico cruel e inhumano que dio en llamarse "emigración asiática, donde el esclavo se llamaba colono y, en lugar de ser negro, era chino o polinesio".¹⁰ Aquí empieza un martirologio que, en nuestros días, se ha plasmado en diferentes libros mexicanos como *Genocidio*

⁹ *Ibid.*, p. 408.

¹⁰ Rafael Bernal, *El gran océano*, p. 401.

(2010), de José Luis Trueba Lara, *La casa del dolor ajeno* (2015), de Julián Herbert y *Fantasmas de oriente* (2021), de Imanol Caneyada.

A la caza de ballenas y la búsqueda de pieles de focas, nutrias, martas y lobos de mar con tremendas matanzas, deben agregarse las muertes de los seres humanos que van siendo diezmados por la viruela, la gripe, las enfermedades venéreas y, más tarde, la lepra.

En 1802, un chino estableció en Hawái el primer ingenio de azúcar, al que entraron los norteamericanos que terminaron por agenciarse la isla en 1898. Después llegó el guano, que se obtenía en las costas de Perú y los europeos lo llevaron como fertilizante. Las industrias del guano y del azúcar, en Perú, requirieron puertos y ferrocarriles que construyeron asiáticos provenientes de distintos países.

En la primera mitad del siglo XIX, los mercaderes de pieles llegaban a Cantón en donde las cambiaban por té que vendían a precios muy altos en Europa y en la costa atlántica de Estados Unidos. Bernal consigna una anécdota: cierto capitán ballenero que no había tenido suerte en la caza, embarcó a 20 muchachas polinesias y las llevó a Chile, en donde estableció un barco de lenocinio que anticipa la historia de *Pantaleón y las visitadoras*, de Mario Vargas Llosa.

Al principio de la expansión occidental, los futuros países colonialistas solo establecieron factorías que les sirvieron de base para movilizar su comercio. Fue hasta finales del siglo XIX cuando surgieron, sobre todo en Inglaterra y Francia, las teorías del colonialismo: la gente de cualquier lugar que no fuera Europa era un ser irracional a quien había que cuidar y administrar; ponerlo a trabajar para que se fuera haciendo a las costumbres europeas. Todo se basaba en la superioridad de la raza blanca. Se habían desvanecido las ideas utópicas y del buen salvaje.

Cuando productos polinesios como el sándalo y la ostra perlífera se agotaron, los mercaderes se convirtieron en plantadores. El principal producto fue la copra, que sirvió para hacer aceite y jabón de tocador.

Guerra del opio, guerras de China, Japón y Rusia, el colonialismo en su apogeo, el canal de Panamá... imposible glosar en tan pocas páginas todos los hechos militares, comerciales y culturales que ofrece tan voluminoso ejemplar. En las últimas páginas del original que dejó inconcluso, Bernal dice:

Ésa fue la historia. La Era de Enrique el Navegante se canceló con los holocaustos de Nagasaki e Hiroshima. Como muestra de que el progreso había llegado a los últimos rincones del mundo. Esa extraña curiosidad que hizo hombre al humanoide lo condujo, de cambio en cambio, hasta un conocimiento científico suficiente para

usar las fuerzas fundamentales del universo e inaugurar, así, la era atómica. Lo que hemos llamado el Occidente se había impuesto en todo el mundo no solo con su ciencia y su tecnología, sino con sus sistemas políticos y administrativos. Pero en ese mismo transculturación al mundo, estuvo el talón de Aquiles de Occidente (...) Japón, aunque derrotado al final, había demostrado a los pueblos del mundo que el hombre blanco no era invencible. Allí quedan como recuerdo, la toma de Manila y la batalla de Batán, la caída de Singapur y de Batavia, la ocupación de Borneo, las ruinas de la Armada norteamericana en Pearl Harbor.¹¹

El gran océano, significativamente, concluye prestando atención a los mismos hechos que Germán Arciniegas atendió al final de su *Biografía del Caribe*: la imposición de la independencia panameña respecto de Colombia y la apertura del Canal. Como antes de llegar a la historia del Canal nuestro autor abordó la anexión de Hawái y la ocupación de Filipinas por Estados Unidos, descubrimos en Bernal, lo mismo que en Arciniegas, un hondo sentimiento americanista.

Finalmente, hago una afirmación que pudiera parecer temeraria pero, a mi juicio, no lo es: *El gran océano* puede leerse como un antecedente de los despojos y crueldades que expuso Eduardo Galeano en ese gran libro titulado *Las venas abiertas de América Latina* (1971).

Gente de mar entrega un puñado de biografías que son, en su mayoría, de piratas. A la manera de Marcel Schwob en sus *Vidas imaginarias*, Bernal recrea las vidas de personajes singulares, que resultan atractivos por sus ideas y por sus hazañas. No se trata de los corsarios más renombrados, sino de hombres y mujeres notables por sus robos en el mar, sí, pero sobre todo por sus actos desmesurados.

Como prólogo, Bernal entrega una sucinta historia de la navegación y de la piratería en el Mediterráneo, siempre centrada en elementos culturales: el hombre buscó el mar por aventura, riqueza y conocimiento; sobre esos anhelos montó sus pasiones. Hace lista de varios piratas y pone énfasis en Ali Bashá, de Argel, porque cautivó a Cervantes. Así como los reyes de Inglaterra y Francia ennoblecieron a sus piratas, los chinos hicieron lo suyo y los declararon "honorables". Luego hallamos un intento de sacar común denominador de ellos: tienen un afán inmoderado por los bienes ajenos; son violentos, ingeniosos y desprecian la vida propia tanto como la ajena. Unos fueron crueles pero otros ennoblecieron la profesión. Sus épocas de esplendor: durante

¹¹ *Ibid.*, p. 525.

la primera parte del imperio romano, en el Mediterráneo; en el mismo mar, con los berberiscos; en el Atlántico, durante el saqueo colonial de América.

Pronto nos enfrenta a la hipótesis histórica:

Tal vez los faraones fueron los primeros que emplearon la piratería como arma de guerra, lo que luego dio en llamarse corso [...]. En esta época debemos recordar al pirata catalán Llull, gracias al cual tenemos el original de las *Confesiones* de san Agustín, que encontró en un barco genovés que había tomado en el Golfo de Tolón y que vendió por diez escudos a don Alfonso V de Aragón.¹²

Bernal retrata ejemplos extremos de lo que fue el hombre de mar, como Caracciolo, un gran orador lleno de ideas que llevó a la práctica las teorías que Tomás Moro plasmó en su libro *Utopía*. Fue un moralista que quiso realizar sus anhelos con la quebradiza materia de los piratas. Libertatia fracasó porque era una isla en medio de un mundo que no tenía lugar para el bien, y menos en un tiempo en que las grandes potencias planeaban como aves de rapiña sobre el mundo.

Barbanegra (Edward Teach) aparece contrapuesto al mayor Stede Bonnet, un acaudalado plantador de Barbados que abrazó la piratería solo para huir del mal carácter de su mujer. La pintura del famoso pirata es la cumbre de los retratos de este libro:

Su aspecto, que le originó el apodo, era de lo más original y estrafalario, con algo de aterrizante y algo de cómico. Usaba una inmensa barba negra que le nacía de debajo de los ojos y le llegaba a la cintura, peinada en seis trenzas rematadas todas con listones de diversos colores. El pelo, también larguísimo, lo usaba arreglado en la misma forma, y como le nacía muy cerca de las cejas, le daba el aspecto de un gorila. Su estatura descomunal, que pasaba de los dos metros, y sus terribles fuerzas acentuaban este aspecto. Usaba siempre un amplio sombrero negro que le daba sombra en la cara, haciéndola así más misteriosa, y en los combates se encajaba bajo la copa unas mechas de cañón encendidas que le alumbraban los ojos con un reflejo extraño, dándole un aspecto infernal.

Usaba siempre una camisa de algodón abierta al frente, que dejaba ver su pecho monumental y velludo como el de un oso, y un pantalón ancho de manta, cortado arriba de las rodillas, quedando éstas al aire y rematando el conjunto con unas

¹² Rafael Bernal, *Gente de mar*, México, Editorial Jus, 1950, pp. 14 y 16.

inmensas botas caídas. Sobre el pecho llevaba siempre dos tahalíes cruzados en los cuales acomodaba seis pistolones. Del cinturón colgaba su machete y tres puñales.¹³

Anne Bony y Mary Read se entregaron a la piratería, en primer lugar, por su circunstancia y, luego, porque despreciaban la pusilanimidad de sus parejas. Aunque vemos brillar los sables sobre estas dos mujeres, sus vidas acaban en una doble y trágica historia de amor. Anne es recordada por su crueldad: formaba a sus prisioneros y les iba cortando las orejas, las narices y los dedos, hasta matarlos.

Jurgen Jurgensen es un personaje de múltiples facetas porque fue pirata, descubridor, periodista, capitán ballenero, espía, predicador, autor dramático, agricultor, editor, tahúr y Rey de Islandia. Su vida llena de aventuras terminó en una colonia de deportados, entre convictos y prostitutas.

El texto que cierra el volumen es “Gerónimo de Gálvez, piloto del rey”, una biografía que no se relaciona con los piratas sino con los conflictos raciales y de religión que se vivían en España. Él y Solina, su mujer, vinieron a la Nueva España huyendo de la inquisición que los acusaba de ser moriscos. Como Gerónimo no encontraba trabajo de su jerarquía, se alistó como piloto de la Nao de la China. Aquí se cierra el ciclo que empezó en *México en Filipinas*, nos llevó a dilatados periplos por las islas y costas bañadas por el Pacífico y tocamos puerto final en Acapulco, donde la religiosidad y la vida piadosa de Rafael Bernal construye una romántica historia de amor.

Fuentes de consulta

- Arciniegas, Germán, *Biografía del caribe*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1945.
- Bernal, Rafael, *Gente de mar*. México, Editorial Jus. 1950. Segunda Edición, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Clásicos para Hoy), 2000.
- _____, *México en Filipinas*. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas. 1965.
- _____, *El gran océano*, Banco Nacional de México, 1992. Segunda edición, México, Fondo de Cultura económica, 2012.
- _____, “Nada en la vida me divierte tanto como escribir”, *Sábado*, suplemento de *Uno más Uno*, número 511, 18 de julio de 1988.
- Galeano, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, México, Siglo XXI, 1971.

¹³ *Ibid.*, pp. 104 y 105.

Gall, Jaques y François, *Los piratas*, México, Fondo de Cultura Económica (Breviarios), 1957.

Ludwig, Emil, *El Mediterráneo. La leyenda de un mar*, traducción de Federico López Cruz, Buenos Aires, Editora Interamericana, 1943.